LA CUERDA DEL POZO*

*Armando Pereira***

Los viejos en Madrid están en todas partes: en los parques, en los cafés, en los cines, en los bares, recorriendo inopinadamente de arriba abajo las calles, los callejones, las avenidas. No es como en otras ciudades del mundo en las que los viejos ocultan su decrepitud, su torpeza, su fealdad, tal vez un poco avergonzados. Aquí nadie se avergüenza de nada. La vergüenza no es una experiencia muy española. El 35% de la población son jubilados de más de 65 años, y esa edad, en España, no señala el final de una vida, su inevitable punto de declive, como en otras partes, sino más bien el inicio de otra vida posible, que no parece articularse con la vida anterior, sino que, por el contrario, parece haber estado allí, oculta, en silencio, esperando el momento de desprenderse del lastre del trabajo, los hijos, las obligaciones cotidianas, para saltar y apoderarse de todo el espacio. Incluso muchos de ellos aprovechan esa edad para iniciar un segundo o tercer matrimonio. Los ves en las calles, en los cafés, en los parques, tomados de la mano, besándose discretamente en los labios, mirándose uno al otro como chiquillos que inauguraran el amor, sin temor al ridículo, sin preocuparse en lo más mínimo de la opinión de los demás.

Al principio, debo confesarlo, me molestaba ver tanto viejo a mi alrededor, sentir su presencia avasallante junto a mí, como si a cada

* Fragmento de la novela del mismo título que, en septiembre de 2012, aparecerá publicada por la Editorial Alfaguara.

** Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

ARMANDO PEREIRA

instante se empecinaron en mostrarme, en una suerte de espejo no buscado, ese rostro, plagado de arrugas y de tics insufribles, en el que el mío insensiblemente se precipitaba. Por eso prefería salir por las noches, cuando los viejos se recogen junto al aparato de televisión y abandonan la ciudad a los jóvenes. Ahora, en cambio, me parece que su presencia no sólo es necesaria, sino imprescindible: da una imagen mucho más completa del mundo, hace al mundo mucho más habitable. Últimamente, prefiero la cercanía de un viejo que la de un joven. En todo joven hay un proyecto de fascismo en ciernes, que sólo la madurez logra atenuar.

No me refiero a los skin heads o a los neonazis que, a diferencia de Austria o Alemania, aquí son sólo unos cuantos gamberros que constituyen una especie de folklore importado. Ni tampoco a esas manadas de adolescentes que los viernes y sábados a medianoche atiborran Antón Martín con porros y botellas de licor y ladran y vociferan hasta la madrugada. Me refiero a cualquier joven, y no sólo español. Hay como una especie de exceso de vida en cada uno de ellos, como un sobrante de energías con el que no saben qué hacer y lo traducen en violencia cotidiana. Los sociólogos pueden hablar de frustración frente al futuro, de ausencia de alternativas, de saturación de los mercados de trabajo, de protesta contra la sociedad de consumo globalizada. Me parece que va más allá de todo eso. Es la violencia natural del bárbaro, la resistencia pulsional contra una razón que no acaba de conformarse en ellos.

Hace unos días, mi mujer y mi hija me convencieron de que debía votar, que para eso tenía un pasaporte español y que no debía mantenerme al margen de lo que estaba sucediendo en España en esos momentos (las palabras eran de mi mujer; el entusiasmo era de mi hija). Populares y socialistas se enfrentaban en unos comicios que podían cambiar el rumbo del país, que podían borrar de la escena política el rostro soberbio y autoritario de Aznar, su legislación xenófoba contra los inmigrantes, su empecinada reticencia contra toda reivindicación de los nacionalismos.

—Además—decía Laura—, no sé para qué te sirven tantas horas encerrado en la biblioteca y tantos libros que lees sobre la República, si ahora eres incapaz de hacer nada por los ideales de tu padre.

—No sé si los ideales de mi padre serían hoy los mismos —le dije, mientras nos tomábamos una cerveza, sentados en la terraza del bar de Sainz de Baranda, la víspera de las elecciones. La niña patinaba en la acera de colores con otras niñas frente a nosotros.

—Murió socialista, ¿no?

—Pero hoy el socialismo es otra cosa, Laura. No creo que su programa se diferencie mucho de la política del Partido Popular.

—Con tal de no ver más la cara de Aznar en la televisión, yo haría cualquier cosa.

—La cara de Almunia no es precisamente más grata.

—A mí al menos me parece mucho menos pedante, mucho menos engreído, más sincero, más cerca de la gente.

—Te debían haber contratado como panegirista del PSOE.

—Me pereces un pusilánime. Te entusiasma la Historia y te apasionas por una guerra que ocurrió hace sesenta años, pero eres incapaz de enfrentar el presente. Esta también es una guerra.

Esa noche no jugaba el Real Madrid, así que nos acabamos la cerveza y, contra las protestas de Diana, subimos temprano al apartamento. Cenamos cualquier cosa, vimos un poco de televisión (“Gente con chispa”, que era el programa que preferían las dos) y nos fuimos a la cama. Laura no volvió a tocar el tema, pero por las vueltas que dio en la cama antes de conciliar el sueño, comprendí que estaba molesta. Mi abulia política comenzaba a convertirse en otro motivo de conflicto entre los dos.

A la mañana siguiente (eran elecciones y, por lo tanto, día feriado en toda España), me sacaron de la cama las dos, me metieron en la ducha y no dejaron de apresurarme hasta que estuve vestido.

—Vas a votar, papá —dijo Diana, completamente convencida de que era el acto más importante de aquella mañana, que le habían dado el día libre en el colegio para que su padre votara y que no era nada ético quedarse en la cama (lo de ético lo pongo yo, pero no dudo que todos los demás sentimientos estuvieran en ella, a pesar de sus escasos ocho años recién cumplidos).

Salimos a la calle esa soleada mañana de principios de primavera y las calles parecían una romería. Familias enteras, con cochecitos de

ARMANDO PEREIRA

bebés incluso, se dirigían en procesión hacia las casillas de votación. Diana me llevaba de la mano y, unos pasos detrás de nosotros, Laura nos seguía como cuidando la retaguardia. Parecía una verbena, todos sonreían y hablaban, unos con otros, en voz alta, proclamando abiertamente sus filiaciones. Pensé en cómo habrían sido los comicios en 1931 o en 1936; ahora no había odio en esos rostros que nos acompañaban por las calles, no parecían estar unos en contra de los otros, mucho más pasión y fervor habría despertado un partido entre el Real Madrid y el Barcelona. Si eso era parte de la democracia, estaba bien; pero si sólo a eso se reducía la democracia, qué triste sistema político me había tocado en suerte vivir sesenta años después de mi padre. ¿Qué le tocaría a mi hija?

Llegamos a un local, en la planta baja de un edificio, que en días normales funcionaba como colegio. El colegio Aguirre, me informó mi hija. Poco a poco, eran ella y Laura las que me iban descubriendo Madrid, por lo menos nuestro barrio lo conocían mucho mejor que yo. Nada más trasponer la puerta, cinco o seis mesas, con sus respectivas colas de diez o doce personas, se desplegaban en el vestíbulo; en cada una de ellas había una casilla donde el votante debía depositar su voto.

122 Mi vacilación debió haber sido como la de un campesino oaxaqueño abandonado de pronto en Fifth Avenue. Nunca había votado, nunca había ejercido mi derecho a darle un destino a una nación, quizá porque en el fondo sentía que esos destinos convergían en una misma zona de poder y privilegios que muy poco tenía que ver con la voluntad del votante. Allí, en medio del amasijo de mesas y de gente, literalmente no sabía qué hacer. Enseguida se me acercó un joven de no más de treinta años para explicarme los pasos que debía seguir. Me señaló dónde estaban las boletas del Partido Popular y cómo llenarlas. Con las boletas del PP en la mano, me dirigí al otro extremo de la mesa, donde debían estar, según mis cálculos, las del PSOE y las de Izquierda Unida, los principales partidos opositores. Allí había un viejo, de cerca de setenta años, que al verme llegar se puso tan contento que por un momento pensé que era yo el primero que en esa mañana se acercaba a ese lado de la mesa. Con una enorme sonrisa, que le recorría toda la cara, me

extendió las boletas del PSOE y me señaló una lista que colgaba de la pared en la que debía buscar mi nombre; luego, él me ayudaría a llenar las boletas.

De un tirón en la mano, mi hija me llevó hasta la lista.

—Búscate, papá. Ahí debes estar —dijo.

Recorrí la lista por la letra S de mi apellido, pero mi nombre no aparecía. Volví a recorrerla dos y hasta tres veces más, inútilmente.

—No sabes buscar —dijo mi hija—. Déjame a mí.

Ella también lo intentó y vi cómo poco a poco comenzaba a dibujarse en su pequeño e inocente rostro un dolido gesto de decepción. Por lo visto, para ella, aparecer en la lista era una prueba fehaciente de que su padre era alguien importante, de que en la lista sólo aparecían los que podían participar en ese evento cuya trascendencia seguramente desbordaba los límites de su imaginación de ocho años, que no aparecer en la lista no sólo era vergonzoso o degradante, sino la viva prueba de la insignificancia de su padre.

—No estás —dijo, mirándome hacia arriba, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo ayudarlo? —escuché una voz a mi espalda.

Era el mismo viejo del PSOE que hacía un momento me había dado las boletas. Su rostro afable seguía sonriendo.

—No aparezo en la lista.

—¿Está empadronado?

—¿Había que empadronarse?

—Por supuesto, es uno de los requisitos para poder votar.

—¿Y ahora qué hago?

—Ahora ya no podemos hacer nada.

Traté de explicarle que había estado fuera de la ciudad, que había regresado hacía unas semanas y que no había podido ocuparme de eso, que tenía el pasaporte, el carnet de identidad, el contrato de alquiler del apartamento... En fin, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para darle gusto a mi hija.

—Ya no hay nada que hacer —me dijo, trocando la sonrisa en un gesto de decepción similar al de Diana (por lo visto, esa mañana me había levantado para decepcionar a todo el mundo)—. Es una lástima, necesitábamos su voto. En este momento, cada voto es indispensable.

ARMANDO PEREIRA

Nos dimos la mano y les deseé suerte. Afuera nos esperaba Laura. En cuanto la vio, Diana salió corriendo hacia ella.

—Papá no pudo votar, papá no pudo votar —gritaba.

—O sea que la fregaste —dijo Laura, cuando estuve a su altura.

—La fregué —dije, y traté de explicarle, mientras nos encaminamos los tres juntos, sin saber muy bien adónde nos dirigíamos, por Narvárez hacia Goya.

Comimos en Aparicio, un restaurante que me había descubierto Laura, a pesar de haber estado siempre a escasa calle y media del apartamento. La sopa de mariscos estaba para repetirla y el bacalao relleno de gambas con un vino de Ribeiro ni qué decir. Prolongamos la tarde con un café exprés y algunas copas de orujo a las hierbas, porque esa tarde no teníamos otra cosa que hacer que no fuera lamentar el previsible resultado de las elecciones. Entre la primera y la segunda copa, Laura me dijo:

—No me gustaría que perdieran los socialistas. Tú sabes que estoy más lejos de ellos que lo que está la Luna de la Tierra, pero Aznar me cae mal, creo que no hay un tipo que me haya caído tan mal como él.

—En ti es una cosa visceral, Laura, nada más.

—Sea lo que sea, no soportaría saber que ese fascista ganó así nomás.

—De cualquier forma, no creo que mi voto hubiera cambiado mucho las cosas.

—Si eso pensara cada socialista español que no votó, no me extrañaría que barrieran con el socialismo de la faz de Europa.

—No soy un socialista español y España no es toda Europa —dije, como defendiéndome.

—Tú me entiendes —dijo ella, zanjando el conato de discusión que el orujo propiciaba.

No volvimos a tocar el tema en todo el día. Pero esa noche daban los resultados de las votaciones y a las nueve en punto estábamos en el bar de Tomás. Ella pidió una caña, siempre pedía lo mismo, aunque tuviera que renovarla cada diez minutos: le gustaba la cerveza helada. Yo pedí una copa, que equivalía más o menos a medio litro de cerveza. Y Diana, mirándonos a los dos alternativamente, como si estuviera segura de que se trataba del acontecimiento más importante de su vida en Madrid, pidió una coca-cola.

El conteo de los últimos votos duró más de una hora. Todavía las últimas casillas, en lugares como algún pueblo de Huelva o de Lérida, faltaban. Pero ya se podían adelantar los resultados seguros. El bar estaba atascado, no cabía ni un alfiler. Familias enteras, como nosotros, los esperaban ansiosas. Los niños lloraban, las madres buscaban los biberones en los bolsos de mano, los padres fumaban puros o cigarrillos, hablaban de fútbol en voz alta y pedían una copa más de cerveza. No jugaba el Real Madrid, pero en Madrid importaba poco lo que se jugara con tal de tener un pretexto para meterse en un bar y gritar o berrear hasta que la garganta aguantara. A Laura había empezado a gustarle todo eso. En las últimas semanas era ella la que me exigía: al bar de Tomás, apúrate que son las nueve.

De pronto, cuando el comentarista de la televisión dijo que el resultado ya era seguro, que las pocas casillas que faltaban por contar no podrían alterar el triunfo indiscutible de Aznar, un joven, de veinte o veintidós años, comenzó a saltar frente al aparato de televisión con un puño en alto y a gritar, como si estuviera en la sala de su casa o fuera el único cliente del bar:

—¡Bien, coño, bien! ¡Que los jodan a todos! ¡Hijos de puta! ¡Socialistas de mierda! ¡Que les den por culo a todos!

Nadie más en el bar hizo ningún otro comentario. Se limitaban a mirar, unos un poco asombrados, otros con franco desdén, al muchacho que no dejaba de berrear contra Almunia y Anguita. No sé exactamente qué me sucedió en ese momento, pero sentí como si se me desatara un nudo a mitad del estómago, como si el litro de cerveza que me había bebido comenzara a bullir violentamente. Tampoco estaba seguro de que fuera yo el que estaba a punto de reaccionar de alguna manera, precisamente yo, al que le importaban un reverendo ardite esas elecciones. Quizás, una vez más, mi padre, desde alguna parte de mí, volvía a jugarme una mala pasada, una broma de mal gusto.

Dejé la cerveza sobre la barra, me puse de pie y me abrí paso como pude entre el gentío, hasta quedar a escasos centímetros de la cara enrojecida y rabiosa del muchacho. Sus ojos, frente a los míos, se abrieron como asustados. El último grito se le quedó como atorado a mitad de la garganta.

ARMANDO PEREIRA

—Yo soy uno de esos hijos de puta a quienes quieres que les den por el culo —le dije—. ¿Por qué no lo intentas tú?

—No es contigo el problema. Yo a ti no te conozco —dijo, dando unos pasos hacia atrás.

—Quieres joder a los socialistas, ¿no? Pues aquí tienes a uno, empieza conmigo —le dije, acortando una vez más la distancia entre los dos.

—Estamos en un país libre y yo puedo decir lo que quiera.

—Pero esa libertad no te autoriza a insultar a nadie. Y a mí me estás insultando.

—No es contigo —insistió el chico, buscando la puerta del bar—. No quería ofenderte.

Lo vi trasponer la puerta y detenerse en la acera. Todavía, a través del vidrio de la puerta, me miraba como asustado, como si no entendiera muy bien lo que había pasado. De pronto, en su rostro el susto cedió al coraje. Lo vi volver a levantar el puño con el dedo medio extendido y lo escuché gritar desde la calle, antes de echarse a correr:

—Jódete, cabrón, que te den por culo.

Volví a la barra, donde me esperaban mi mujer y mi hija, y Tomás depositaba un succulento plato de boquerones frente a ellas.

—¿Pero qué te pasa a ti? —me dijo Laura, cuando estuve a su lado—. ¿Desde cuándo andas por ahí retando a la gente a golpes? Tienes cuarenta y cinco años, ya no eres un adolescente. Y tampoco eres socialista, me lo acabas de decir esta tarde.

—¿Qué le dijiste, papá? —preguntó Diana entusiasmada.

—Le dije que se fuera, que no me gustaba que gritara tanto.

En ese momento, Tomás volvió con dos copas de cerveza hasta el borde.

—Esto va por la casa —dijo, con una sonrisa que le llenaba toda la cara.

—Perdóname, Tomás —le dije—. No sé qué me pasó. De pronto, se me subió la sangre a la cabeza.

—No te preocupes, Andrés, estuvo muy bien. A mí la política ni me va ni me viene, pero tampoco soporto a esa caterva de gamberros que se creen que pueden gritar en cualquier parte.

Esa noche, ya en la cama y con la luz apagada, no me fue fácil conciliar el sueño. No eran sólo los ronquidos de Laura, sino sobre todo

la cara enrojecida y furiosa de ese adolescente, esos ojos llenos de rabia mirándome desde la calle. No estaba seguro de que lo único que nos separara fuera una ideología, creo que la edad pesaba también un poco en todo eso. Tal vez rechazaba en él mis propios veinte años, esa edad en la que el fervor y el fanatismo suplen a las ideas. También yo había pasado por eso, había levantado el puño y me había cagado en todos los que no pensaban como yo. No importa de qué ideología se tratara; a esa edad, las ideologías sólo sirven para encubrir un deseo totalitario: la abolición del otro. También yo había sufrido ese germen de fascismo que ahora rechazaba en el gesto del adolescente. Al enfrentarme a él, creo que de alguna manera me enfrentaba a mí mismo veintitantos años antes, a ese adolescente rabioso que fui alguna vez y que también había odiado a los viejos como un lastre social. Tal vez no fue mi padre el que se indignó en el bar y se enfrentó al pobre muchacho, sino yo mismo, que poco a poco, en este año aciago en Madrid, he ido convirtiéndome en mi propio padre. Sé que aquí sería obligado citar a Paul Nizan, cuando dijo: “Tuve veinte años y no permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”, pero no lo voy a hacer.

El día que siguió a esa noche de elecciones, en la que Aznar se había asegurado cuatro años más en el poder, volví de la biblioteca dispuesto a comer cualquier cosa y acostarme a dormir una larga siesta. Me sentía exhausto, como si las seis o siete horas que había dormido me hubieran dejado más cansado todavía. Había sido una noche sin sueños o, al menos, sin sueños que pudiera recordar, pero el cuerpo me dolía, como si durante el sueño me hubieran dado una buena paliza. Mientras comíamos un poco de jamón serrano y queso manchego con una copa de vino, Laura, entre preocupada y divertida, me habló de Diana, de esa larga mañana en la escuela.

- Lo de anoche tuvo cola —dijo Laura—, pero no la cola que tú te esperas.
- ¿A qué te refieres?
- A Diana. Me lo contó todo mientras la llevaba a su clase de ballet.
- ¿Y qué pasó con Diana?
- Pasó lo que tenía que pasar.

ARMANDO PEREIRA

—Laura, por favor. Me jode mucho que siempre demores tanto y les des tantas vueltas a las cuatro pendejadas que me tienes que contar. Comienza de una vez.

—Salió al recreo, como todos los días, a las once de la mañana...

—Pero no te das cuenta que no se trata de que hagas una novela de lo que le ocurrió a la niña. Ahórrate todos esos circunloquios y ve de una buena vez al grano.

—No sé contar las cosas de otra manera. Tú me enseñaste a hablar así y ahora te aguantas. ¿Cuántas veces no he tenido que soportar esos circunloquios, como tú los llamas, para terminar enterándome que te contrataron un pinche libro más en una editorial de mierda? Si quieres saber lo que le pasó a la niña, sencillamente te callas.

—Me callo.

—Estaba en el recreo. Ya te puedes imaginar el frío que hacía a esa hora a mitad del patio. Pero decidieron no jugar a las escondidillas ni al pillar-pillar; tampoco a la pelota. Se sentaron en corro, seis o siete niños de su clase, ya sabes: Bea, las mellizas, Shaima, Jorge, Fernando, Alexia y Diana...

—Qué bien conoces a los amigos de tu hija.

—Porque es mi hija. Tú, en cambio...

—Sigue. No empecemos a discutir.

—No sé quién comenzó, seguramente Bea o Jorge. Uno de ellos dijo: mi padre votó por Aznar. El mío también ganó, dijo Alexia enseguida. Y luego las mellizas a dúo: sí, también el nuestro. Y luego Fernando. Todos habían ganado las elecciones. Sólo Diana y Shaima estaban en silencio, no sabían qué decir. Y los demás las miraban, esperando una respuesta. Shaima saltó enseguida: mi padre es de Marruecos, no puede votar. Entonces, las miradas de todos se concentraron en Diana, que seguía encerrada en su silencio. Fue Bea la que la miró a los ojos y le preguntó: Tu padre es español, ¿por quién votó tu padre?

—Por Aznar —dijo Diana, sin inmutarse.

—¿Cómo sabes que lo dijo sin inmutarse? —pregunté.

—Porque me la puedo imaginar allí, en medio de ese círculo de miradas, decidida a no ser excluida de un grupo al que tanto le costó per-

tenecer. Luego se levantaron y jugaron a la ronda. Cuando sonó la chicharra, se cogieron de la mano por parejas y entraron a la clase. Sólo Diana se quedó atrás, sola, sintiendo tal vez que te había traicionado.

—Si iban de la mano por parejas, a Diana tuvo que tocarle alguien. Eran ocho.

—Sin duda, eres mejor matemático que escritor —dijo Laura, acabando de mascar el último trozo de pan con queso—. Te estoy hablando de otra cosa.

—De la niña, claro. De lo que sentía en ese momento.

—Del infierno que llevaba por dentro en ese momento.

—No te preocupes. Todo infierno se exterioriza y Diana exteriorizó el suyo a su manera. Además, los cuervos crían cuervos, y en mi familia todos nos hemos sacado los ojos unos a otros.

—Siempre encuentras la forma de salirte por la tangente. No te importa nada, ni siquiera lo que pueda pasarle a tu hija. Esta noche nos vamos a cenar ella y yo solas, ¿sabes? Lo más lejos posible de ti.